



El conocimiento oficial

Política pedagógica y construcción de la comunidad

No quiero idealizar lo que acabo de decir. Aun existen tensiones. La unidad descentralizada que intentamos construir es exactamente esto: una construcción.

Como todas las construcciones sociales que intentan ser democráticas, es una construcción frágil, especialmente en momentos en que tantas condiciones económicas e ideológicas que ciertamente no faltan en la vida de una institución educativa pueden volverse contra ello. Esta historia, por supuesto, no es necesariamente generalizable. Pero algunas acciones pueden ser útiles. Una comunidad, no importa cuán cuidadosamente se nutra ni cuán comprometidos políticamente estén sus miembros, no está aislada de la dinámica económica, política y cultural de las instituciones en que reside. Ni tampoco está aislada de la dinámica de raza, género, clase, etc... Por muy fuertes que sean los compromisos políticos en favor de la democracia y en contra de las relaciones de opresión en la educación o en otros ámbitos -e incluso, quizás, a causa de ellas-, es difícil mantener los vínculos entre la gente en tiempos de ataques económicos e ideológicos contra las cosas que más estimamos.

Ahora bien, el afecto y la sociabilidad, el sentido de reciprocidad, confianza y respeto y la libertad frente a los demás, así como el compromiso de desafiar la actual política del conocimiento oficial siempre que y dondequiera que sea represiva, son cosas que pueden reconstruirse y mantenerse. Esto parece exigir el reconocimiento de una pluralidad de posibles intereses políticos en un marco amplio, compartido y progresista. Por supuesto, ya sabemos todo esto a un nivel teórico, especialmente los que hemos escrito o leído ampliamente sobre la necesidad de ir más allá del reduccionismo económico y de clase que ha sido tan predominante dentro de la tradición crítica. Sin embargo, saber algo teóricamente y saberlo corporalmente son dos cosas distintas. Por eso hay que prestar también una atención constante las cuáles son las voces que se escuchan dentro del grupo.

Exige paciencia y voluntad de vivir en tiempos difíciles, cuando parece que la dinámica interna pone en peligro la unidad del grupo. Finalmente, igual de importante es concentrarse en actividades concretas.

En este caso, una comunidad de personas diversificadas en tantos sentidos interesantes, aunque unificada en tantos otros, se basa en un compromiso superior: modificar la política cultural dominante y el modo en que ahora se llevan a cabo la pedagogía y el currículo. Esta política no está solo «ahí afuera», en el supuesto «mundo real». Ya he dicho antes que tiene lugar «precisamente aquí», en las vidas diarias de todos los que trabajamos en la universidad. Nuestros mejores análisis pueden aplicarse provechosamente a nuestra experiencia diaria y a la acción colectiva con el fin de modificar las condiciones que con frecuencia hacen que estas experiencias sean menos apremiantes y ricas de lo que deberían ser. Esta acción colectiva no será fácil. No siempre tendrá éxito. Pero, en este proceso, la comunidad que se construya hará posible llevar a la práctica cotidiana el saber político que gentes como los miembros del seminario de los viernes ya tienen y están adquiriendo.

La combinación de acción y reflexión con vistas a resolver los problemas político-culturales reales, (¿no es de esto de lo que trata la praxis?). He examinado un tipo de comunidad, en realidad solo una comunidad limitada, que normalmente, aunque no siempre, no se extiende más allá de los muros de la universidad.

Como muchos de ustedes saben, hay que rebasar estos límites, más allá de esta institución, para incluir a los profesores políticamente comprometidos, a las organizaciones vecinales, a los grupos feministas, de gays y lesbianas, antirracistas, de discapacitados y grupos sindicales y ecologistas, y a otros que proporcionen la base de amplios movimientos sociales. Estos movimientos sociales nos permitirán movernos hacia una sociedad que no se base en la explotación y el dominio en todas sus formas, sino en nuestra consideración como «sujetos corresponsables» en el «viaje hacia la esperanza».

Como activista político y como antiguo presidente de un sindicato de profesores, tengo constantemente presente la importancia de que participemos también en luchas. Es cierto que debemos enseñar, pero también debemos aprender ciertas lecciones aun más importantes sobre la construcción de esas unidades



descentralizadas que llamamos comunidades de lucha.

¿De quién es esta historia?

He contado aquí una historia en apariencia bastante simple. Ahora bien, hay que desconstruir mi relato, puesto que aquí funciona también otra lógica política. Esta historia se cuenta desde y a través de una voz: la mía propia. Y, sin embargo, mi papel en el seno del grupo resulta prácticamente invisible en mi relato. ¿A quién represento? ¿He explotado al grupo por razones «académicas»? ¿Acaso el mero hecho de presentar una relación pública de un grupo que ha sido tan importante en mi propio desarrollo, así como en el desarrollo de muchos de los participantes durante tantos años, hace algo más que convertir estas experiencias en mercancías para ser vendidas? El «profesor», asumiendo acaso inconscientemente el rol de miembro de una «intelectualidad desclasada y libre», pone su nombre en un capítulo basado en las experiencias de una comunidad. La comunidad se ofrece a la venta en ese mercado donde el capital cultural y el estatus de las personas representan la moneda de cambio: el mundo de las publicaciones e investigaciones educativas. Todos los beneficios derivados de la exposición y la venta al público de esta mercancía se juntan en mi bolsillo.

Cuando presenté un borrador de este capítulo en el seminario de los viernes, hubo una intensa discusión. ¿Había entendido «bien» la historia? ¿A quién había marginado en las categorizaciones de la diferencia señaladas por mí? ¿No hubiera sido mejor poner el acento sobre las similitudes, incluido el hecho de que allí todo el mundo había venido a estudiar conmigo y que esto era el vínculo más importante?

¿No he menospreciado los momentos positivos clave, las auténticas razones por las que el seminario de los viernes merece que se hable de él en primer lugar, la gran importancia de la función desempeñada por el seminario en el fomento de la constante maduración política y educativa de todos sus miembros? La gente accede al grupo parcialmente formada por sus experiencias políticas y educativas pasadas y experimenta una significativa reconstrucción producida por la política y la pedagogía interna de un grupo que está en constante formación y, sin embargo, siempre disponible para cuestionarse y profundizar.

¿No se han radicalizado las feministas por los temas raciales en el grupo? ¿No se han transformado quienes tenían una orientación de clase tan profunda gracias a los impulsos feministas que tanto pesan en el seminario? ¿No es todo esto lo que da al seminario buena parte de su sentido?

Surgieron otras preguntas y otros temas igualmente políticos que también debían plantearse. Al abordar la descripción de una manera no centrada en mi mismo, ¿he presentado un retrato adecuado? y, finalmente, un capítulo como éste, ¿no se debería elaborar colectivamente?

La discusión fue intensa, pero nunca rencorosa, nunca hubo falta de confianza o de estima. (Pero debo insistir: se trataba de mi voz, mi construcción.) Se estuvo de acuerdo en que yo presentaría la «historia»: corregida, aumentada, desarrollada. Está claro que una «historia completa» (objetivo que, como sabemos, es inalcanzable) debería ser colectiva. Debería permitir que hablaran las voces de todos los participantes del seminario de los viernes, pasados y presentes, que desconstruyeran y reconstruyeran sus historias individuales y colectivas, que fueran autores de sus propias biografías. (Ahora bien, ¿no debería versar toda educación justamente sobre esto? ¿No es esto lo que los programas educativos descritos en el capítulo 2 empiezan a realizar, a saber, una nueva política del conocimiento oficial?)

Así pues, lo que empezó siendo un simple objetivo, explicar la experiencia de construir y reconstruir un espacio donde personas progresistas pudieran reunirse para apoyarse y sentirse apoyados unos a otros ya no es algo tan simple, después de todo. El seminario tiene una política, y la tienen también estas explicaciones. Y al explicarlo y luchar con las relaciones de poder implicadas, debían surgir, y surgieron, nuevas preguntas políticas. El hecho de mantener con vida el grupo de los viernes, tal como se repitió varias veces durante nuestra discusión, es un hecho político en y por sí mismo. Las cuestiones políticas que aquí he planteado han surgido de esta experiencia colectiva, demostrando una vez más a esta «voz» individual lo mucho que debe a aquella colectividad. Pero, una vez más, el conocimiento es de por sí un proyecto colectivo por el que se da un nombre al mundo, respetando el pluralismo de las voces que nombran. Los análisis y relatos de este libro me han ayudado a dar un nombre a algunas partes del mundo. ¿Qué historias, qué nombres, qué luchas desearía usted añadir para hacer posible una educación más democrática? La derecha tal vez no quiera escucharlas, pero hay mucha gente en el mundo que sí quiere.

Apple, Michael W. El conocimiento oficial, Paidós, última edición.